

Januario Espinosa

## El pueblo chico en la novela chilena



**B**UEN número de años van corridos, desde que los escritores chilenos emigraron hacia el campo. Empezó Federico Gana, y lo siguieron Guillermo Labarca, Baldomero Lillo, Rafael Maluenda, Santiván, Mariano Latorre, Marta Brunet, Manuel Rojas, Ernesto Montenegro, Luis Durand y otros. Se cree, generalmente, que este éxodo se debe a la influencia de las grandes novelas rusas, en las que el mujik predomina. Posiblemente. Y lo curioso es que aquéllos que permanecieron en la urbe—Joaquín Edwards, Alberto Romero, González Vera—se inclinaron, con cierta complacencia, hacia las psicologías de arrabal: «El roto», «La viuda del conventillo», «Vidas mínimas».

Pero la reacción ha tenido que producirse. Parece que ya estamos hartos del personaje de la clase última—del conventillo y del rancho—y que, como las muchedumbres irritadas en los redondeles peninsulares, clamamos por otro toro.

La marea de empalago ha subido hasta los escrito-

res, y aun los más aferrados al criollismo, procuran subir siquiera un peldaño: ahora parece ser la clase media la que está de moda, en reemplazo del manoseado labriego. Pero existiría siempre el horror por las grandes urbes, la necesidad de buscar poblaciones menos densas, con menos complicación y más aire. Se pensaría, más bien, que para no dar un salto demasiado brusco, los novelistas nuestros se han corrido de la campiña al villorrio, y así vemos como tres de las más destacadas novelas, aparecidas en los dos últimos años, eligieron su asiento en el pueblo chico. Me refiero a «El hombre en la montaña», por Edgardo Garrido Merino; «Mercedes Urizar», por Luis Durand; y «Charca en la selva», por Fernando Santiván. Verdad es que Garrido toma como escenario una aldea española de las montañas aragonesas; pero ello no autoriza para colocarlo en casillero distinto; por lo que se ve en Pereda y en otros autores hispanos, la aldea peninsular se parece mucho en su alma a cualquiera de las nuestras. El español será más verboso y jovial, posiblemente más sobrio; pero sus costumbres, su psicología, su manera de vivir en sociedad, permanecen con escasas variantes, en estos sus descendientes de América. Decir que tenemos de los españoles las cualidades y los defectos, es ya una perogrullada. La novela de Garrido añade otra prueba a este aserto. Si damos un lenguaje chileno a las gentes que en ella actúan, Fuenclara representará con una realidad patente, a cualquiera de nuestros caseríos montañoses. El roñoso Sebastián Moliné es planta común en

estos trigos; Lorenzo, el herrador, personifica la tosudez aragonesa, y, no obstante, por acá lo encontramos repetido en muchos ejemplares; Julián, con sus celos exacerbados por la tuberculosis, es pan de estas harinas; y, por último, Agustina, la encantadora ansotana, ¿no es un espécimen de la mujer mesocrática entre nosotros? Además, el autor pone algo de su psicología en sus personajes (¡tal vez nunca logramos escapar de nosotros mismos!): los tiñe en parte con su color, los baña con la luz que su espíritu irradia; de modo que un escritor chileno podrá ubicar la acción en la gran China, y los muñecos a quienes infunda vida, con su soplo creador, tendrán siempre algo de la índole nuestra. ¡Cuánto más si se trata de los españoles, tan próximos parientes!

Pero no sólo en lo de colocar como escenario el pueblo chico, crea un lazo de unión entre estas tres novelas. Coinciden en otros puntos principales. Primeramente, en las tres es un abúlico el protagonista: tanto Andrés Lucena como Mario Casals y Andrés García, obedecen a una voluntad endeble, y si el tercero llega al logro de sus ansias, es debido a la decisión recia de una diestra y singular mujer. Sin duda que en los tres hay diferentes modalidades de la abulia: es Andrés Lucena el tímido reflexivo, un cerebral en quien, el mucho discurrir, no deja paso a la acción; especie de Quijote, construído con una mezcla de bondad y de idealismo, que se deja arrebatarse mansamente a la mujer querida, por un burdo hijo de la montaña. En Mario Casals, anotamos el caso de una abulia adquirida, al del hom-

bre que llega a un pueblo dispuesto a luchar, y que al fin, cae derribado por el ambiente hostil, en esa montaña que reúne a hombres sin Dios ni ley, dispuestos a todo para conquistar la tierra y el peculio; y su atrofia volitiva adquiere caracteres tan graves, que no logra reaccionar ni cuando su mujer lo traiciona a pocos pasos de su lecho de enfermo. El tercero, Andrés García, es el tímido soñador y sentimental, que guarda grandes semejanzas, en su ética, con el Andrés, de Garrido. Pero éste es un cerebral, y también en su indolencia hay una especie de orgullo, en tanto que García no ejerce de hombre superior, ni procura divagar por encima de la vulgaridad que lo rodea. Por eso mismo, tal vez, es el que atrae mayores simpatías. La actitud qui-jotesca de Lucena, al abandonar la amada a su rival, nos asombra porque no es lo común: es un personaje difícil de comprender. Mario Casals sólo puede suscitar la compasión que despierta la víctima inerme, hostigada por bestias feroces. Su muerte tiene los caracteres de un suicidio. García muere también, pero en manos de un despechado contendor, cuando la copa de su felicidad estaba llena. De los tres, es el más humano, el menos contradictorio; estará siempre más cerca de la gran masa de los lectores, que se verán reflejados en él, con sus propias pasiones, con sus propios deseos.

Los protagonistas de Durand y de Santiván llegan a una población que les es extraña; el de Garrido vuelve a los lugares de su niñez, pero esto tampoco establece una diferencia entre ellos, porque Lucena, por su cultu-

ra y su modalidad, es también un forastero entre los que fueron sus coterráneos.

Ahora bien, y es lo principal; ¿qué impresión nos queda del pueblo chico, en estas tres novelas? Es un lugar común creer que cada población pequeña, es como una olla de grillos, tal vez un saco de alacranes. Sería la aldea como la ampliación del conventillo, con sus al tercados, su chismografía, su malevolencia, un teatro en que se exhibe la naturaleza humana en toda su podredumbre.

La concepción de Santiván viene a dar base sólida a creencia semejante. Hay un contraste profundo entre la belleza del lago, circundado de bosques, y el pueblo que ha brotado en una de sus orillas. Cada habitante no es sino un maniquí al servicio del propio egoísmo. La simple lucha política se transforma en una guerra despiadada. Allí cayó Mario Casals en la plenitud de sus ilusiones, luchador, activo, generoso, y concluye consumido entre esas llamas voraces. Su mujer, que lo acompaña desde el norte más civilizado, lo pone en ridículo en vez de ser su aliada. En tales condiciones, como una suprema liberación, tiende su cuello dócil a la guadaña de la muerte.

Al revés, Luis Durand contempla a la villa con lentes de color de rosa. Andrés García va tropezando con gentes alegres o melancólicas, pero en todas hay más benignidad que veneno. ¡Y cosa singular! En el infierno de Santiván, sólo brilla una luz: precisamente, una mujer que lleva este nombre, que resulta simbólico; do-

ña Luz, maldiciente y chismosa, que es el único paño de lágrimas para Mario Casals, el perseguido. En cambio, en el cielo de Durand la única nube es la viuda Fernández, con sus murmuraciones corrosivas. Fernando Arlegui, el otro personaje avieso, actúa solo al final.

Edgardo Garrido, por su parte, ha procurado trazar un término medio. En su aldea montañesa se codean gentes de corazón limpio, con otras de oscuras intenciones, dando así una copia más fiel de la vida.

Y, no obstante, no será la novela de Garrido la que más haya de leerse. Hay vigor en sus personajes, emotividad en la acción, pero estas hermosas cualidades suelen perderse entre las galas de un estilo que procura lucirse. Una obra escueta, sin literatura, puede dejar una impresión de desencanto; el exceso de lo mismo corre el riesgo de llevarnos a la hartura. ¡Cuánto más digna de loa habría sido esta novela, con menos fraseología de adorno, sin tanto provincialismo! Y vale repetir aquí, que las novelas perduran más por su fondo que por su forma. Si así no fuera, Balzac, para no citar sino al más célebre, estaría ya sepultado en el olvido. A la inversa, han tenido una existencia corta novelas muy bien escritas. ¿Quién ha leído la de Sainte-Beuve, príncipe de los escritores de Francia? De las firmadas por Barrés, eximio estilista, ya nadie se acuerda. Los Goncourt pasaron a ser curiosidades del pasado. ¡Y cuán poco será lo que reste de la obra copiosa de Anatole France! Pero se leen todavía las novelas de otro

que escribía tan mal, o peor, que Balzac: Stendhal. Es claro que cuando se juntan las dos excelencias, estilo y asunto, se tiene la obra modelo: *Madame Bovary*, verbigracia. Pero no divaguemos: lo esencial es que la abundancia de cenefas, le va a substraer muchos lectores a la novela de Garrido. Muy sensible, porque es acreedora a la difusión más amplia, por la suma de vida, de emoción que hay en ella.

Será la de Durand la que atraiga la mayoría de los sufragios, sobre todo entre las mujeres de mediana y superior cultura. Hay en «*Mercedes Urizar*» una mezcla hábil de lo jovial con lo romántico, el diálogo festivo tras el sentimental, una narración que se desliza como un torrente suave, sin saltos ni lagunas; todo lo preciso para que el lector despreocupado, coja el libro y ya no lo suelte. Podrán decirle tal vez a Durand, que cae en la sensiblería, pero es suficiente con que nunca llegue a lo cursi. ¿Hay quién se burle del romanticismo? Es posible; pero lo romántico asoma siempre su cabeza en el fondo de las almas, como hermano inseparable del ensueño.

Sin duda, aquella en que la acción es más rápida, más vibrante—más vigor y más nervio—es la novela de Santiván. No habrá quien no la lea de un solo impulso. Pero el lector se ha de sentir desolado, con la idea que ha embutido por un camino de alimaña. Menester es convenir, sin embargo, en que se trata de uno de esos villorrios improvisados, al amparo de los viejos bosques; poblaciones formadas en su mayor parte por aventure-

ros, gentes que han ido a luchar contra los elementos falaces, y dispuestos a conquistarse un futuro mejor a fuerza de argucias, de violencia y de audacia. En estas regiones un poco apartadas y nacidas ayer, se hace más brutal el *struggle for life* darwiniano: es ahí donde el *homo sapiens* retrocede a sus instintos de fiera.

El pueblo chico de Durand se halla asentado sobre más sólidos cimientos; allí parece existir un pasado, una tradición. Nadie brega por arrebatarse nada al vecino, la propiedad raíz no entra ni puede entrar en lo concencioso; y esas gentes que llevan una existencia un poco en modorra, acortan sus largos minutos con chismes o alegres comentarios, de modo que el tiro final, que mata al protagonista del libro, adquiere los caracteres de una catástrofe. Y es en ese ambiente de somnolencia y de hastío, en donde se destaca la silueta de una mujer, como una flor vistosa y fragante entre las yerbas humildes.

La aldea montañesa de Garrido nos deja también la impresión de una vida apacible y dichosa, pese a la actuación de uno que otro vecino de conciencia turbia. Y también, como en el romance de Durand, es un soberbio tipo de mujer, Agustina, el que lo ilumina todo con su fulgor de dulzura.

Son estas tres maneras de ver el pueblo chico—el de nuestra raza—por tres temperamentos distintos: el apacible, ecuánime de Garrido; el sentimental, de Durand; el ardiente, apasionado, demoledor, de Santiván.

Y en cuanto al rumbo franco hacia la clase media, que señalan estos libros, no puede ser un mejor augurio. Porque si todos los escritores nuestros, con excepciones rarísimas, pertenecen a la clase media, ¿no habrán de conocer mejor los problemas morales y sentimentales de su clase? Esto nos induce a esperar libros más hondos, de mayor médula y armados de suficiente resistencia contra la acción corrosiva del tiempo que fluye.